

## Oda al hombrecito, al pianista

La historia se desprende y llena de golpe la habitación. Alegre, cálida, simplemente hermosa. Es Mozart mismo el que deletrea cada palabra que de golpe recita el artista. Es Mozart quien dicta el paisaje que pinta el pianista. Pero es nada más y nada menos que el hombre sentado en ese pequeño banco el que actúa cada personaje, el que se enviste de montaña y de campo, el que se desliza como río. No son solo sus manos las que lo disfrazan, es su cuerpo entero. Sus manos, poseídas, producen el sonido; pero su rostro grita con emoción el cantar de su canción, su espalda se acrecienta y disminuye junto a la melodía y es su cabeza la que dirige la orquesta que compone su ser entero. Él, un pequeño hombre sentado en el pequeño banco, se vuelve uno con Mozart y su historia.

La obra cambia de un aplauso a otro. El artista nos sube ahora en un carrusel de sentimientos. Es Schumann quien ha tomado el mando, para el pesar del pianista. La pena, el dolor, la apasionante miseria se apodera de la habitación y se inscribe en cada facción del pequeño hombre que grita en horror. Los valles y ríos de Mozart se oscurecen y los candelabros de las paredes parecen haberse tornado lúgubres, iluminando calladamente los rostros que una vez fueron y que serán por siempre gracias a ese mismo piano. Ha retornado el carrusel, y este comienza a girar. Gira, gira, marea. El hombrecito sonríe con tristeza. Más rápido, más rápido. Se deshacen las caras, se agrava el color, se hace uno el aro de fuego. Fuerte! Más rápido! Detente!! Respira.

Las palmas reciben al maestro quien sonriente se emprende. El hombrecito porta un disfraz de marinero, mientras sus manos nos muestran una lujosa tormenta. Chopin suspira al ver su obra cobrar vida y la audiencia se pierde en la ola amorosa de su sonrisa. Y tan rápido como el suspiro, la obra termina, dejando tras de sí el recuerdo insólito y refrescante de una belleza calmante. Pero en ese pequeño instante, en esa corta ventana que abre el hombrecito para admirar el alma del mismo Chopin, se ve el campo bañado de un tenue blanco. Es la historia de una noche, con luna llena. Una noche que no duerme, y viste de vida. Dos voces se escuchan en el horizonte, se gritan en susurros los sentimientos que parecen escritos poéticamente. Ella alegre resuena con expectación y una ingenua inocencia, él responde en cautela pero sin ansias de desanimar cualquier propuesta. Llega el viento y los calla, el susurro termina y estamos devuelta en la sala de un solo aplauso.

Gracias por esta noche de travesías, le deseo todo lo mejor al hombrecito, el gran pianista,  
Álvaro Madariaga Corvalán.

# The oblivious passenger

The quest for the unknown is the hardest of them all, it begins with desire and finishes with oblivion. You feel the impulse within you like fuel feeding the wheels of a car with no driver. There seems to be a direction, but the motor does not know it; there seems to be a destiny, but the passenger does not see it. The passenger climbs into the driver's seat and pushes the break pedal with his left foot as hard as he can, just to find his right foot pushing the gas pedal with a stronger force. And so the car continues. It has no steering wheel and it lacks doors and locks. The passenger is stuck within a car that he fears will fall into a risk or sink into the dark waters of the horizon. When will it stop? How will it stop? Is the fuel ever going to run out? Who set the coordinations of this voyage? How did he get stuck in that car?

And then, as the realization of his uselessness drowns into him, he starts looking beyond the window. He progressively forgets his imprisonment as he grasps the beauty of his surroundings. The colors, the movement, the power and the calm, all inscribed in nature. He sees rising mountains and deep risks, he sees the abundant ocean water and the dryness of the deserts, he sees the greenness of some leaves and the fire colors of other ones. He sees, he sees, he sees in amazement, but he can not touch, he can not smell, he can not feel the greatness of what he observes because he is not part of it: he is stuck inside the car.

And yet, he does not notice. He became oblivious of his own oblivion.

# El primer adiós

No se qué me trajo aquí,  
A esta ciudad "Charquican".  
Fue, quizás, un simple impulso,  
Un desesperado anhelo,  
De ver su colorido resplandor  
Una vez más

Es que el tiempo se acaba,  
Los minutos son devorados,  
El escenario ha sido empacado  
Y el público ya comenzó a aplaudir.

Es que el sueño, satisfecho, retoma vuelo,  
El deseo saciado busca nuevo dueño  
La negligencia exhausta cobra su precio  
Y el boleto de avión espera risueño.

Es que estas tierras delgadas que hice mías,  
Estas montañas nevadas tan frías,  
Que difuminan la línea entre cielo y tierra,  
Hicieron de los gorriones ángeles  
Y del cautiverio natural el escenario de mi plena libertad.

Es que aquí, la poesía se hizo cotidiana,  
La melancolía, una sinfonía  
La exploración, el método de cada día  
La curiosidad, una constante compañera  
Y las posibilidades se multiplicaron por doquiera.

De norte a sur me abrió sus puertas,  
Esta tierra que hice mía,  
Y hoy comienzo a despedirla  
En esta ciudad "charquicán", en esta poesía.